

este último cedió, consintiendo por desgracia en volver á anudar el tratado de Schoenbrunn, pero con condiciones algo mas onerosas todavía que las que el rey Guillermo acababa de rehusar.

—No quiero forzaros, dijo Napoleon á Mr. de Haugwitz, estoy conforme en que se pongan las cosas en el estado que tenian antes, es decir, en recobrar el Hannover, devolviéndoos Anspach, Cleves y Neufchatel. Empero si entramos en tratos, si os cedo de nuevo el Hannover, no será con las mismas condiciones que antes, sino que exigiré ademas que me prometais sereis fieles aliados de Francia. Como Prusia esté conmigo franca y públicamente, no tengo que temer á ninguna coalicion europea, y sin coalicion europea armada, ya lograré entenderme con Inglaterra; pero necesito tener de esto una certeza para regalaros el Hannover, y quedar convencido de que obro acertadamente regalándoos dicho pais.

Napoleon tenia razon, menos en un punto, esto es, en hacer pagar á Prusia el Hannover mas caro, y no entregárselo, por el contrario, con condiciones mas ventajosas, porque solo son buenos aliados aquellos que están contentos. Mr. de Haugwitz, que abrigaba sinceros deseos de unir á Francia y Prusia, prometió á Napoleon todo cuanto quiso, y lo prometió al parecer con la mejor buena fé; pero añadió á sus promesas insinuaciones muy astutas acerca del ligero modo de obrar de Napoleon con Prusia, y lo necesario que era contemplar la dignidad del rey, en primer lugar por el rey mismo, porque á pesar de su timidez no dejaba de ser en el fondo quisquilloso é irritable, y mas que todo por la nacion y el ejército, los

cuales estaban identificados con la monarquía, y tomaban muy á mal lo que parecia una falta de respeto. Mr. de Haugwitz dijo tambien que la violacion del territorio de Anspach especialmente, causó bajo este aspecto el efecto mas lastimoso, poniendo á la nacion asi como á la corte en el estado de exaltacion que produjo el deplorable tratado de Postdam.

Estas reflexiones eran justas y acertadas; pero si Prusia necesitaba que la contemplasen, Napoleon necesitaba estar contento de ella para contemplarla, y ser estimado para conceder él su estimacion; dificultad que hasta entonces no habia podido vencerse: ¿se conseguiria con aquel nuevo acomodamiento? Por desgracia era esto muy dudoso.

Estendióse un tratado mas esplicito y riguroso que el primero, dándose á Prusia el Hannover tan formalmente como en Schoenbrunn, pero con condicion de que lo habia de ocupar inmediatamente, y á título de soberania. Una obligacion nueva y grave era el precio de aquel regalo, obligacion que consistia en cerrar á los ingleses el Weser y el Elba, pero cerrarlos tan estrechamente como lo hicieron los franceses cuando ocupaban el Hannover, y en cambio Prusia concedia lo mismo que en Schoenbrunn, dando el principado franconiano de Anspach, los restos del ducado de Cleves situados á la derecha del Rhin, y el principado de Neufchatel que formaba uno de los cantones de Suiza. En beneficio del rey de Baviera se suprimió una ventaja prometida al de Prusia en el tratado de Postdam, pues con arreglo al primer tratado, el principado franconiano

de Bareuth, contiguo al de Anspach y que se conservaba para Prusia, debía tener unos límites mas regulares, tomando del de Anspach unos veinte mil habitantes, y en el segundo tratado nada se decia de esto. Por último se dió mas ensanche á las obligaciones impuestas á Prusia, pues esta tenia que garantizar no solo el imperio francés segun quedaba de resultas del nuevo arreglo efectuado en Alemania é Italia, sino que tambien se exigió garantizase esplicitamente lo que resultara de la guerra contra Nápoles, es decir la abolicion de la casa de los Borbones, y la subida al trono de las Dos Sicilias de una rama de la familia de Bonaparte. Esta era seguramente la condicion mas desagradable impuesta á Prusia, pues hacia mas dificultosa la situacion en que el rey se encontraba para con el emperador Alejandro, á causa del protectorado de Rusia con respecto á los Borbones de Nápoles.

No es necesario decir que las garantias eran recíprocas, y que Francia prometia á Prusia el apoyo de sus ejércitos para asegurar á esta todo lo anteriormente adquirido y lo que adquiriria despues, incluso el Hannover.

Aquel segundo tratado se firmó el 15 de febrero.

Así pues, todo lo que Prusia ganó con querer modificar el tratado de Schoenbrunn, fue quedar privada de la porcion de territorio que en un principio debía añadirse á Bareuth, verse obligada á hacer una cosa arriesgada, porque lo era el cerrar el Elba y el Weser, y, por último, tener que confesar públicamente lo que iba á consumarse en Nápoles. El único resultado, en una pala-

bra, fué contraer mas obligaciones, y recibir menos provecho.

Mr. de Haugwitz no pudo hacer mas, á menos que no volviesen las cosas al estado que tenian antes, lo cual hubiera sido preferible seguramente, porque se hubiesen ahorrado los compromisos de una alianza retocada y poco sincera. Es verdad que se habrian privado del prestigio de una conquista brillante, muy útil para encubrir en aquel momento todas las miserias de la política prusiana; pero sea lo que fuere, Mr. de Haugwitz no queria llevar á Berlin aquel triste fruto de tergiversaciones de su córte, y resolvió enviar á Mr. de Lucchesini, ministro de Prusia en París. No conviniéndole como no le convenia solicitar la adopcion de una obra echada á perder, y cargar con la responsabilidad de la resolucion que se trataba de tomar, queria que el rey, sus cólegas y la familia real, que intervenian de un modo tan indiscreto en los negocios del estado, cuidasen de eseoger entre el tratado de Schoenbrunn muy empeorado, ó la guerra, pues era evidente que enfurecido Napoleon, con una nueva repulsa, si no se negaba abiertamente á hacer la alianza, trataria á Prusia de tal suerte en todos los arreglos que habia que hacer en Europa, que la guerra seria inevitable.

Envio, pues, á Berlin á Mr. de Lucchesini de quien era superior y ocupó por algunos dias la plaza de embajador en París, encargando á aquel llevase el tratado á su córte, pintase á ésta el estado en que se hallaban las cosas en Francia, y le hiciese presente los verdaderos sentimientos de Napoleon, quien estaba dispuesto á convertirse,

según se portasen con él, ó en aliado poderoso y sincero, aunque engorroso por el espíritu de hazañas de que se hallaba animado, ó en un enemigo formidable, si le reducían al extremo de ver en Prusia una segunda Austria. Mr. de Haugwitz no dió á Mr. de Lucchesini encargo para que solicitasen en su nombre la aprobación del nuevo tratado, antes por el contrario, le dijo que ya nada deseaba, pues estaba disgustado de una tarea sobrado ingrata y cansado de una responsabilidad hartamente contrariada.

Permaneció, pues, en París, perfectamente tratado por Napoleón, estudiando con curiosidad á aquel hombre extraordinario, y persuadiéndose de día en día, de la exactitud de su propia política, y de los intereses presentes y futuros que Prusia y Francia estaban comprometiendo por no saber entenderse.

Por lo demás, todo marchaba en Europa conforme á los deseos del afortunado vencedor de Austerlitz. El ejército que había enviado á Nápoles, en la apariencia al mando de José Napoleón, pero en la realidad al de Massena, caminaba directamente hácia su objeto, y la reina de Nápoles hacía esfuerzos para conjurar de nuevo la tempestad suscitada con sus disparates, imploraba á todas las cortes y enviaba uno tras otro al cardenal Ruffo y al príncipe heredero de la corona, para que saliesen á recibir á José, ó intentasen hacer un tratado, cualesquiera que fuesen las condiciones. José, que se hallaba atado con las órdenes imperatorias que había recibido de Napoleón, no quiso admitir al cardenal Ruffo, acogió con urbanidad las instancias del príncipe

Fernando, y no detuvo un instante su marcha hácia Nápoles. En cuanto al ejército francés, que se componía de cuarenta mil hombres, pasó el Garigliano el día 8 de febrero, y avanzó formado en tres cuerpos: uno, esto es de la derecha, á las órdenes del general Reynier, fué á bloquear á Gaeta; el otro, es decir, el del centro, al mando del mariscal Massena, marchó hácia Capua, y el tercero, esto es el de la izquierda, mandado por el general Saint-Cyr, se dirigió hácia el golfo de Tarento por la Pulla y el Abruzo. Cuando se supo esto se embarcaron los ingleses con tal precipitación que faltó poco para poner en peligro á sus aliados los rusos, pero los primeros se refugiaron á Sicilia y los segundos á Corfú, mientras que la corte de Nápoles se refugiaba á Palermo, llevándose todo el dinero que había en arcas, hasta el del Banco, y el príncipe real penetraba en Calabria con las mejores tropas del ejército napolitano. Dos señores también napolitanos fueron enviados á Capua, para tratar de la rendición de la capital, y celebrado un convenio, José, escoltado por el cuerpo de Massena, se presentó delante de Nápoles, en cuya ciudad entró el día 13 de febrero, sin que se alterase el orden, pues los lazzaronis no opusieron ninguna resistencia.

La plaza de Gaeta, aunque comprendida en el convenio de Capua, no fué entregada por el príncipe Hesse-Philippstadt, que la mandaba, quien declaró que se defendería hasta el último extremo; y efectivamente podía resistir por largo tiempo, porque aquella plaza, que lindaba únicamente por un istmo con el continente de Italia, era

una especie de Gibraltar. Así es que el general Reynier tomó las posiciones exteriores con no poca osadía, y se ocupó en estrechar al enemigo en la plaza, mientras no le daban el material necesario para emprender un sitio en regla.

Dueño ya José de Nápoles, le faltaban muchas dificultades que vencer, pues aunque solo había tomado aun el título de lugar-teniente de Napoleón, pasaba á los ojos de todos por el rey designado para el nuevo reino, y no había ni un ducado en las arcas, se habían llevado todas las municiones militares, se habían ido los principales empleados, y era preciso crear á un mismo tiempo la hacienda y la administracion. José tenía penetracion y carácter templado, pero carecia de la actividad prodigiosa de que se hallaba dotado su hermano Napoleón, y que era necesaria para fundar un gobierno.

Sin embargo, puso manos á la obra, favoreciéndole el que los grandes del reino, mas ilustrados que el resto de la nacion, como sucede en todo pais civilizado, habían sido maltratados por la reina, quien les acusaba de que se mostraban inclinados á las opiniones liberales, y los amenazaba con los lazzaronis, hombres ignorantes y fanáticos; conducta que observan todos los reyes que se apoyan en el pueblo para dominar á la grandeza, cuando la resistencia proviene de esta. Los grandes acogieron muy bien al nuevo gobierno del cual esperaban una administracion que acometiese reformas acertadas y protegiese á todas las clases, de suerte que al verlos José animados de tan buenos sentimientos, procuró atraérselos mas y mas, y contuvo á los lazzaronis con el temor del

suplicio, ademas de que el nombre de Massena hacia temblar á los perturbadores. Una ráfaga de viento arrojó á Nápoles una fragata y una corbeta napolitanas, con varios barcos de transporte, y gracias á esto se recobraron algunas municiones, y sumas de bastante importancia. Ademas se armaron los fuertes, se impusieron contribuciones, y un corso muy hábil llamado Mr. Salicetti, á quien Napoleón envió á Nápoles, se puso á la cabeza de la policia, pidiendo José dinero á su hermano para salir de los primeros apuros.

Eugenio, virey que era de la Italia alta, recibió de manos del Austria los Estados venecianos, entrando en Venecia con sumo gusto de los habitantes de aquella antigua reina de los mares, quienes encontraban en su agregacion á un reino italiano, constituido sobre sanos principios, cierto desquite de su perdida independendencia. El cuerpo del general Marmont se descolgó de los Alpes estirios, se dirigió hácia el Isonzo, y formaba una reserva dispuesta á penetrar en Dalmacia, caso de que fuese necesario reunir las fuerzas, mientras que el general Molitor marchó rápidamente con su division hácia la Dalmacia para apoderarse de una comarca que Napoleón tenia en mucho, porque se hallaba inmediata al imperio turco. Dicho general entró en Zara, capital de Dalmacia, pero le quedaba por recorrer gran espacio de costas antes de llegar á las célebres bocas del Cattaro, que era la posicion mas meridional é importante del Adriático, y se apresuraba, á fin de contener por medio del terror cuando llegase á los montenegrinos, pagados por Rusia hacia tiempo.

Por lo demas, la córte de Viena, que deseaba

se retirase el ejército francés, estaba dispuesta á cumplir fielmente el tratado de Presburgo, pues aquella corte, agotadas sus fuerzas en la última guerra, que era la tercera desde la revolución francesa, y aterrada con los golpes que habia recibido en Ulm y Austerlitz, no renunciaba sin duda á la esperanza de levantarse de su postracion algun dia, pero lo que es por entonces estaba resuelta á poner algun orden en la hacienda, y dejar pasar muchos años antes de intentar la fortuna de las armas. El archiduque Carlos, que habia vuelto á ser ministro de la Guerra, estaba encargado de buscar un nuevo sistema de organizacion militar, que proporcionase, sin reducir demasiado las fuerzas, las economías que no podían retardarse, y por lo mismo se afanaban por cumplir esactamente el último tratado de paz, pagar ya en especies, ó ya en letras de cambio, la contribucion de 40.000.000 y ayudar á trasportar los cañones y fusiles cogidos en Viena, para que se verificase pronto la retirada de las tropas francesas, retirada que debia terminar el dia 1.º de marzo con la evacuacion de Braunau.

Napoleon que habia dejado á Berthier en Munich, para que cuidase de la vuelta del ejército, vuelta que queria se hiciese de un modo tan cómodo como lento, mandó á aquel fiel cumplidor de su voluntad se detuviese en Braunau, y que no restituyera esta plaza hasta que no recibiese noticia positiva de que se habia hecho la entrega de las bocas de Cattaro. Al mariscal Ney le instaló con su cuerpo en el pais de Salzburgo, para que viviese allí el mayor tiempo posible á costa de una provincia destinada á ser austriaca; el

cuerpo del mariscal Soult se estableció en Inn, de modo que pesaba sobre el archiducado de Austria y sobre Baviera, y vivia sobre ambos; los cuerpos de los mariscales Davout, Lannes y Bernardotte que pesaban demasiado sobre Baviera, cuyos habitantes iban cansándose, acababan de encaminarse hácia los paises recientemente cedidos á los príncipes alemanes, aliados nuestros, y como no se habia fijado término para la entrega de dichos paises, porque esto dependia aun de arreglos ulteriores, habia un pretesto fundado para residir en ellos algun tiempo. El cuerpo de Bernardotte se trasladó, pues, á la provincia de Anspach, cedida por Prusia á Baviera, y donde habia espacio para estenderse y poder subsistir; el cuerpo del mariscal Davout pasó al obispado de Aichstedt y al principado de Oettingen, y la caballería se repartió entre aquellos diversos cuerpos, habiendo recibido permiso los que no tenían bastante holgura para encontrar con que alimentarse, de estenderse hasta los pequeños principados de Suabia, cuya existencia era problemática desde el tratado de Presburgo, puesto que habia que exigir nuevos cambios en la constitucion germánica. Las tropas de Lannes, divididas entre el mariscal Mortier y el general Oudinot, se acantonaron en Suabia; los granaderos de Oudinot se encaminaron á traves de Suiza, hácia el principado de Neufchatel para tomar posesion de él, y por último el cuerpo de Augereau, reforzado con la division de Dupont y la division bátava del general Dumonceau, acampó en los alrededores de Francfort, pronto á marchar hácia Prusia, si de resultas del arreglo celebra-

do con ella no lograban entenderse sincera y amistosamente.

Aquellos diversos cuerpos se hallaban en el mejor estado, gracias al descanso que se les habia concedido, y á que se reclutaban con los jóvenes conscriptos que iban llegando á las orillas del Rhin, donde se habian reunido los depósitos al mando de los mariscales Kellermann y Lefebre. Nuestros soldados eran á ser esto posible, mas á propósito todavía para la guerra que antes de la última campaña, y estaban sumamente envanecidos con sus recientes victorias, tratando con humanidad á los pueblos de Alemania, siendo algo alborotadores, es verdad, alabando de buena gana sus hazañas, pero sociales en gran manera, y presentando un contraste singular con los alemanes sus auxiliares, quienes trataban á sus compatriotas con mucha mas aspereza que nosotros. Por desgracia, Napoleon, animado de un espíritu de economía útil para su ejército pero perjudicial para su política, solo pagaba á sus soldados parte del sueldo, reteniendo lo demas para dárselo mas tarde cuando volviesen á Francia, y exigia que los países en que se hallaban acampados les diesen víveres en lugar de la parte de sueldo que retenia, lo cual era para los habitantes una carga muy pesada. Si se hubiesen pagado los víveres, en vez de servir de carga, nuestras tropas hubieran sido una ventaja, y Alemania que sabia habian pisado su territorio por culpa de la coalicion, nos hubiera mirado con buenos ojos, de suerte que aquella era una economía mal entendida, y el beneficio que de ella reportaba el ejército, no valia tanto como los inconvenientes que podian resultar

de lo que estaban sufriendo los países ocupados. Napoleon retenia tambien el costo del equipo para vestir á sus soldados de nuevo cuando pasasen el Rhin y fuesen á tomar parte en los festejos que se preparaban; pero esto no lo sentian, y al contrario se resignaban alegremente á llevar uniformes usados y á recibir poco dinero, diciéndose á sí mismos que á su regreso á Francia tendrian vestidos nuevos y abundantes ahorros que poder gastar.

Por lo demas, si los pueblos se quejaban de la prolongada permanencia de nuestras tropas, los príncipes de segundo orden acabaron por invocar su presencia como un beneficio, pues con nada podian compararse las violencias y latrocinios á que se entregaban los gobiernos alemanes, sobre todo los que poseian alguna fuerza. El rey de Baviera y el gran duque de Baden pusieron la mano sobre los bienes de la nobleza inmediata, y aunque obraban sin contemplacion, esto no era nada comparado con la codicia del rey de Wurtemberg, quien llevaba la conducta hasta el estremo de invadir y saquear todos los feudos, como cuando gritaban en Francia: *guerra á los palacios, paz con las cabañas*. Sus tropas entraban en los dominios particulares de los príncipes, situados en su reino, so pretexto de apoderarse de las posesiones de la nobleza inmediata, y aunque solo tenia derecho el rey de Wurtemberg á una porcion del Brisgau, cuya mayor parte estaba destinada para la casa de Baden, lo ocupó casi del todo, de resultas de lo cual hubieran venido á las manos los wurtembergueses y los badenos á no ser por las tropas francesas.

Napoleon nombró á Mr. Otto, ministro que era de Francia en Munich, y á Berthier, mayor general del ejército grande, árbitros para dirimir las contiendas que preveía entre los príncipes alemanes de primero y segundo orden, los cuales acudieron á Munich á donde se habia trasladado la Dieta de Ratisbona é impetraron la justicia de Francia, pidiendo les mandasen tropas por muy molesta que fuese su presencia. Por todas partes se veían surgir intrincadas disputas, que segun todas las trazas solo podían resolverse volviendo á reformar la constitucion germánica, y mientras esto no se verificaba, custodiaban los sitios disputados destacamentos nuestros, debiendo ser Francia y sus ministros los que decidiesen tanta y tanta cuestion. A mayor abundamiento no se valía de aquellos conflictos para prolongar la permanencia de sus tropas en Alemania, pues estaba impaciente porque el ejército regresase á Francia y se reuniese en París, para lo cual solo esperaba la completa ocupacion de la Dalmacia, y que Prusia diese una respuesta definitiva.

Obligada aquella córte á pronunciarse de una vez acerca del tratado de Schoenbrunn modificado, tomó al fin el partido de aceptar dicho tratado menos ventajoso despues de haberlo retocado en Berlin y París, y recibió con la frente cubierta de rubor y el corazon lleno de ingratitud el Hannover que en cualquier otro tiempo le hubiera colmado de alegría. ¿Y qué debia hacer en efecto? el único partido que podia tomarse, era acabar por adherirse á las proposiciones de Francia, ó resignarse bien pronto á la guerra, á la guerra que el ejército prusiano invocaba con jactancia, y que sus

gefes, y sobre todo el rey, como mas avisados, temian no poco.

De optar por la guerra, era preciso haberse decidido á ella cuando Napoleon dejaba á Ulm para penetrar en el valle del Danubio, y caer á su espalda, mientras que los austro-rusos, concentrados en Olmütz, le atraían á Moravia; pero el ejército prusiano no estaba dispuesto entonces, y despues del día 2 de diciembre, cuando Mr. de Haugwitz se avistó con Napoleon, era demasiado tarde. Mas tarde era todavía ya que los franceses reunidos en Suabia y Franconia, solo tenían que dar un paso para invadir á Prusia, hallándose como se hallaban los rusos en Polonia, y completamente desarmados los austriacos.

Aceptar el Hannover con las condiciones que ponía Francia, era, pues, la única resolucion posible de tomar, pero aquel era un modo muy singular de dar principio á una alianza íntima. El día 24 de febrero se ratificó el tratado del 15, é inmediatamente salió para París con las ratificaciones Mr. de Lucchesini, mientras que Mr. de Haugwitz por su parte se ponía en camino para Berlin, plenamente satisfecho de lo bien que le habia tratado Napoleon, á quien prometió de nuevo que Prusia seria su fiel aliada, aunque esperaba tendria que arrostrar muchas molestias al ver las dificultades que entonces hormigueaban en Alemania, y sobre todo, al ver prosternados á los pies de Francia á los príncipes alemanes de segundo orden para que los libertase de las exacciones con que los agoviaban otros príncipes mas poderosos ó mas favorecidos que ellos. Cuando llegó á Berlin Mr. de Haugwitz halló al rey muy contris-

tado con su situacion, y muy afligido con las dificultades que le oponia la córte, mas exaltada é intolerante que nunca. A tal punto llegó la osadía de los malcontentos, que una noche rompió los cristales de la casa de Mr. de Haugwitz una turba de hombres amotinados, que se creyó generalmente pertenecian al ejército, y que se dijo de público, aunque esto no era cierto, que estaban pagados por el príncipe Luis. Mr. de Haugwitz fingió que miraba con desden aquellas demostraciones que si son insignificantes en los países libres donde se miran con desprecio semejantes escesos de parte de la multitud, eran tan estrañas como graves en una monarquía absoluta, sobre todo cuando podian achacarse al ejército; pero el rey las miró como cosa séria y anunció públicamente estaba decidido á imponer castigos severos. En consecuencia mandó terminantemente se averiguase quienes eran los culpables, mas no sabemos si fué porque la policia fué cómplice ó porque no pudo, lo cierto es que no se logró descubrir á aquellos. Sin embargo, irritado el rey, mostró una voluntad tan firme y enérgica, que impuso á los malcontentos, y particularmente á la reina á quien manifestó que ya habia tomado su partido, que de esto dependia la salvacion de la monarquía, y que era preciso que todos cuantos le rodeaban se mostrasen conformes con su política. La reina que á pesar de todo miraba por los intereses del rey su esposo, calló, y por un instante presentó la córte un aspecto digno y conveniente.

Mr. de Hardenberg dejó el ministerio: Mr. de Hardenberg, que se habia hecho el idolo de los contrarios, que fué hechura de Mr. de Haugwitz,

partidario suyo, imitador, y el predicador mas ardiente de la alianza francesa, sobre todo en 1805 cuando Napoleon ofrecia á Prusia el Hannover, desde el campamento de Boloña. Entonces tenia á gloria M. de Hardeberg asegurar aquel ensanche á su país y se quejaba á los ministros franceses de la indecision de su rey, demasiado tardo, segun decia, en unirse á Francia; pero así que vio frustrado semejante designio, se arrojó con la impetuosidad propia de un carácter imoderado en brazos de Rusia, y no sabiendo cómo enmendar su yerro, declamaba á voz en grito contra Francia. Informado de su conducta Napoleon, cometió con él una falta que renovó muchas veces, cual fué hablar de él en sus boletines, aludiendo de un modo ofensivo á un ministro prusiano, seducido por el oro inglés; acusacion injusta; pues lo mismo estaba vendido al oro inglés Mr. de Hardenberg que al oro francés Mr. de Haugwitz. Así es, que decir esto en un documento oficial, era muy poco decente, y olia demasiado á la licencia propia de un soldado, y de un soldado vencedor, habiendo servido únicamente para que Mr. de Hardenberg adquiriese la inmensa popularidad que disfrutaba. El rey le concedió su retiro con demostraciones de consideracion, sin que por eso dejase de tener dicho retiro el carácter de una desgracia política.

Empero mientras que Federico Guillermo alejaba de sí á Mr. de Hardeberg, agregaba á Mr. de Haugwitz un segundo que no valia mucho mas, cual era Mr. de Keller, á quien la córte tenia por suyo, y que se decia de público sobreviviria á su gefe. Aquella era una especie de satisfaccion, concedida al partido enemigo de Francia, pues en



los gobiernos absolutos hay muchas veces que ceder á la oposicion, ni mas ni menos que en los gobiernos libres, pero Federico Guillermo hizo mas todavía que fué procurar vivir en paz con Rusia, y esplicarle de un modo honroso las inconsecuencias que habia cometido por interés.

Desde lo de Austerlitz fueron muy parcos en Berlin en comunicarse con San Petersburgo, porque despues de las jactancias de Potsdam, Rusia debia estar abochornada con su derrota, y Prusia del modo con que habia cumplido el juramento que prestó sobre la tumba de Federico el Grande. El silencio era en aquellos momentos la mejor relacion que podian tener entre sí aquellas córtes; pero sin embargo, Rusia lo rompió una vez para declarar que sus fuerzas estaban á disposicion de Prusia, si de resultas del tratado de Postdam le declarábamos la guerra, callando despues una y otra potencia.

Como era preciso acabar por esplicarse, el rey instó al anciano duque de Brunswick á que fuese á San Petersburgo, para oponer su gloria á las convenciones que no podian menos de hacerle por la conducta observada en Schoenbrunn y continuada en París. Aquel príncipe respetable, adicto á la casa de Brandeburgo, partió, pues, para Rusia á pesar de su edad avanzada, no con el fin de declarar francamente que preferian la alianza francesa, lo cual era espinoso, aunque mejor que esas ambigüedades funestas ya, sino á decir que si Prusia habia recibido el Hannover, era por no dejárselo á Francia, y para ahorrarse el sentimiento y el riesgo de ver otra vez á los franceses en el Norte de la Alemania, que si habian acepta-

do la palabra *alianza* era para evitar la guerra, y que dicha palabra no significaba otra cosa que neutralidad; que la neutralidad valia mas que nada para unos y otros; que nada podian ganar con la guerra Rusia y Prusia; que si se obstinaban en seguir aquel sistema de encarnizada hostilidad contra Francia, favorecian el monopolio comercial de Inglaterra, y que el monarca prusiano no estaba muy seguro de si se favoreceria tambien, obrando de aquel modo, el dominio que Napoleon queria ejercer en el continente.

Este era el language que debia usar en San Petersburgo el duque de Brunswick.

Mas no volvamos á ocuparnos del jóven emperador, que impulsado á hacer la guerra por vanidad, y contra lo que le dictaba su razon, inauguró en Austerlitz de un modo tan triste su carrera militar, dando poco que hablar durante los tres meses que habian transcurrido desde entonces, y ocultando en su lejano imperio el hocorno de su derrota.

En Rusia empezaba á levantarse un grito general contra los jóvenes que, segun se decia gobernaban y comprometian el imperio, jóvenes que colocados en el ejército ó en el gabinete, disputaban entre sí. El partido de los Dolgorouki acusaba al de los Czartoryski; echándole en cara que todo se habia perdido por la mala conducta que habia observado con Prusia, y diciendo que habia querido violentarla, consiguiendo alejarla en vez de hacer que se uniese á Rusia, para que se malograra el triunfo por no haber tomado parte en la coalicion. Y todo por un interés particular, por arrancar á Prusia las provincias polacas, y volver